

implicaría aislar a Nicaragua y acercarse a Guatemala; una nueva Administración Carter implica proseguir cortejando a los sandinistas para ganar influencia en sus decisiones, y tratar de diferenciar a Washington de regímenes militares considerados como violadores de los derechos humanos. No es poca diferencia.

Sin duda, en su primer mandato Carter modificó en la marcha muchas de sus posiciones iniciales, incrementando el hostigamiento a Cuba luego de un comienzo precursor de revolucionarios acercamientos que no se concretaron. Pero hay razones para creer ahora que ello tiene que ver con la impiadosa **real politik** impuesta por la realidad interna de los Estados Unidos, la que reclama un endurecimiento con la URSS ante la acción combinada de una mayor au-

dacia en el cuestionamiento de los republicanos y la propia falta de convicción que distingue al pragmatismo asombroso de Carter y su gente.

Las elecciones presidenciales configuran, por lo tanto, una situación ambivalente, factible de ser interpretada en clave nacional y en clave internacional. En el primero de dichos ámbitos, una Administración Reagan supone aún menor énfasis en las políticas de estímulo y financiamiento federal a los sectores afectados por la crisis económica, mientras que un segundo mandato Carter implica sutiles diferencias dentro de una común filosofía anti-inflacionaria, para la cual no existe otra prioridad que no sea reducir el déficit del presupuesto, pagando el costo social que ello signifique. Además, en un período

1981-1985, Carter tendría menores controles políticos y podría aplicar una estrategia aún más conservadora.

Pero en el cuadro mundial, una Administración Reagan podría marchar hacia un renovado congelamiento de los acuerdos estratégicos con la URSS que ya perdieron prioridad (por ahora) para Carter y, sobre todo, una actitud marcadamente nueva para el Tercer Mundo, con claros acercamientos a los regímenes latinoamericanos tíbiamente hostigados por Carter y un neto distanciamiento de los gobiernos a los que se acercó, con igual timidez, el actual presidente. Como puede verse, el futuro desde enero en adelante luce ambiguo, impredecible y —sobre todo— ominosamente preocupante.

Bolivia: seguridad y cocaína

MIKEL MUNARRIZ

Caracoles es un pequeño pueblo minero del altiplano boliviano. Hasta el primero de agosto creían que lo que las radios les venían diciendo desde el 17 del mes anterior, no podía ser un hecho consumado. Creían que la conciencia y la organización del pueblo, su ya larga experiencia de lucha, reconquistaría lo que en las urnas había afirmado. Como en los demás rincones del país, estaban unidos para defender sus derechos.

En la madrugada de ese día el ejército atacó la aldea minera. Nueve días más tarde, las mujeres, los únicos habitantes que restan, escriben a su Obispo: "... atacaron Caracoles con cañones, morteros, tanques y aviones de guerra, nuestros maridos se defendieron con piedras, palos y algunas cargas de dinamita. Hasta el lunes por la tarde los mineros fueron exterminados y los sobrevivientes huyeron a los cerros o a las casas de los poblados vecinos. Las fuerzas del ejército los persiguieron: a muchos los atravesaron con las bayonetas y a otros los apresaron y los torturaron. También a los heridos los degollaron. A un minero en plena plaza le metieron dinamita en la boca y le hicieron volar en pedazos... Los del ejército parecían fieras salvajes porque estaban drogados y no vacilaron en violarnos y también a las jovencitas y hasta las niñas. A los joven-

citios los hicieron tumbar en el suelo y luego los soldados marcharon encima de ellos. El martes 5 al amanecer han cargado muertos y heridos en camiones. Todavía el viernes traían presos amarrados con alambres. A nosotros nos prohibieron recoger a los muertos. Recién el viernes nos dieron orden para buscarlos, pero sólo encontramos sacos, chompas, pantalones, calzados, etc. empapados en sangre. Algunos fueron echados en una fosa común detrás del cementerio, pero no podemos acercarnos a identificarlos. Hay unos 900 desaparecidos que no sabemos si están muertos o vivos. Otros muchos están presos. También murieron tres señoras con hemorragia a causa de las violaciones..."

Desde esa semana terrible, Caracoles, como todo el resto de Bolivia, sabe en

carne propia la terrible verdad: el gobierno que ellos habían elegido en las urnas no tiene el poder. Lo tiene una junta militar presidida por el General García Meza. Y está dispuesto a afianzarse ahí imponiendo el terror más sangriento y la represión más cruel. No hay sindicatos, no hay asociaciones vecinales ni comunidades cristianas. Toda reunión es subversiva. Hay toque de queda. Una persecución sistemática se extiende persiguiendo a todo boliviano que no colmulgue con los militares, a todo el que fué militante en los partidos democráticos, a los sindicalistas, a los agentes de educación popular. Testimonios como el que hemos transcrito se podrían traer muchos, de todas las partes del país, de todas las clases sociales. Porque además de una represión selectiva hay un interés



bárbaro en crear un ambiente de terror tal que nadie se atreva a moverse, que nadie se atreva a hablar, que nadie se atreva a pensar en la posibilidad de retomar el camino, tan esperado, del retorno a la democracia.

Lo primero que hay que decir es que este golpe militar del 17 de julio no es "uno más" de los casi 200 que han sacudido la historia de Bolivia. No es el resultado de una simple lucha entre fracciones que se disputan el poder. Aparece, mucho más que el de Bánzer, o el de Natusch. Se presenta sin ambages y sin bor, como personero de la ideología de "seguridad nacional". Toda una fraseología, tomada incluso de los más pretenciosos slogans del franquismo español, inunda la propaganda oficial del antimarxismo a ultranza, de defensa de los valores nacionales contra la conspiración internacional; de nueva democracia que no es de izquierda ni de derecha, de situación de guerra ideológica... Y, más grave todavía, ha copiado de los países en donde esa ideología está impuesta hace años, sus más refinados métodos de represión. Todos los analistas señalan "lo argentino" que aparece en los métodos empleados desde el primer momento del golpe de estado. Fuerzas fantasmales que no aparecen como pertenecientes a ninguna institución armada del Estado, carros inidentificables, operaciones comando, sincronización de acciones... Todo hace suponer una asesoría y hasta un entrenamiento y colaboración



dada por los militares argentinos.

Hay que señalar a gritos que esta intervención de la ideología y la práctica de la "doctrina de seguridad nacional" se ha dado en una Bolivia donde no había ningún tipo de dirección guerrillera. Lo sucedido en Bolivia es un claro mentís a los que (incluso en Puebla) ven a la guerrilla como causa de la situación de los países del cono sur encabezados por dictaduras militares. Bastó la existencia de un pueblo que se iba concientizando y organizando para obtener sus derechos, para que las derechas de siempre, los beneficiarios de los sistemas que organizan las patrias contra el pueblo, se quitaran sus caretas y comenzaran el baño de sangre.

Lo que caracteriza este golpe militar frente a los demás que se han dado en la historia de Bolivia es su especial, refinada y multipresente crueldad. Y es que se enfrenta no a una u otra acción de la sociedad, sino a todo un pueblo que desde hace años valiente y organizadamente está luchando por una vida democrática.

Porque lo característico del proceso de retorno a la democracia de Bolivia frente a otros que se van dando en el continente, es que allí ha sido el pueblo el que lo ha ido conquistando y construyendo. El proceso ahora roto no se lo dió nadie a los bolivianos, sino que ellos mismos, creando organismos propios (Comisión de Derechos Humanos, Comisión de Defensa de la Democracia, Comisión pro presos políticos) o conquistando para el pueblo otros ya existentes como los sindicatos (la COB, especialmente) y hasta la misma Iglesia. Así,

mediante una escalada nacional de huelgas de hambre derribó a Bánzer. Así, mediante una lucha consciente y clara arrancó a Padilla las primeras elecciones. Así con el paro nacional y la oposición organizada destruyó las ambiciones golpistas de Natusch.

Pero ese pueblo quería "demasiado". Anhelaba reconstruir la convivencia sobre la justicia. Se exigía que los crímenes, los robos y el contrabando del período de Bánzer no quedaran impunes. Recogiendo ese anhelo, escribía el sacerdote Luis Espinal y lo asesinaron... Y ahora antes de las elecciones, cuando la manifestación obrera del Primero de Mayo reclamó justicia para los culpables, García Meza lo interpretó como un "insulto" a las fuerzas armadas y respondió públicamente con amenazas retando a las "tenebrosas fuerzas de la antipatria a las que los militares decimos que no pasaran...". Porque —esto es lo que hay detrás de todo— el contrabando de cocaína y drogas debe seguir funcionando.

Eso es lo triste. Que García Meza había amenazado con el golpe desde antes de las elecciones. Que después de ellas se movió por todo el país organizándolo. Y que el pueblo vió impotente esa maquinación, porque no había fuerza capaz de quitarles las armas a los que las tenían.

Ahora... desde la clandestinidad el gobierno democráticamente elegido y el pueblo desde todos los rincones del país comenzará de nuevo la lucha por reconstruir el proceso de democratización que el pueblo había comenzado. Hay que estar al lado de los que luchan por la libertad, en la larga lucha que se avecina.

